

Pensando la comunicación y el fenómeno comunicativo

Vivian Romeu¹

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

RESUMEN

Tradicionalmente el campo académico de la comunicación ha mostrado poco interés en pensar esta disciplina desde el punto de vista epistemológico, generando no pocas confusiones conceptuales a la hora de dar cuenta de “lo comunicativo”. Nuestra pretensión aquí es ofrecer una definición de la comunicación como campo atravesado por múltiples enfoques y tradiciones disciplinares para fincar posturas desde los postulados de la biosemiótica, el enactivismo y la fenomenología, lo cual nos permitirá proponer una caracterización conceptual de la comunicación como fenómeno, sus tipos, modalidades de operación y peculiaridades, delineando una propuesta en torno a un posible objeto de estudio, a saber: el uso de la información, vía la interacción física de un organismo vivo sentiente (inteligente o no) con su entorno, con vistas a la gestión de su existencia en el mundo en que se inserta.

Palabras clave:

epistemología, comunicación, fenomenología, biosemiótica.

¹ Doctora en Comunicación por la Universidad de La Habana. Actualmente es profesora-investigadora de la Universidad Iberoamericana y directora de la *Revista Iberoamericana de Comunicación*. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II; la Red Internacional de Investigadores sobre la Frontera (RIIF), la Asociación Mexicana de Investigadores en Comunicación (AMIC), la Asociación Latinoamericana de Estudios sobre el Discurso (ALEDE), el Programa de Estudios Semióticos (PES-UACM). Áreas de investigación: comunicación artística, comunicación estética, comunicación intercultural, representaciones sociales, semiótica y análisis del discurso. Ha publicado libros y artículos académicos en revistas nacionales e internacionales. Correo electrónico: vromeu.romeu@gmail.com.

ABSTRACT

Traditionally the academic field of communication has shown little interest in thinking communication from the epistemological point of view, which has generated many conceptual confusion about “the communicative”. Our aim here is to provide a definition of communication as a field crossed by multiple approaches and disciplinary traditions to take positions from the postulates of biosemiotics, the enactism and phenomenology. This will allow us to propose a conceptual characterization of communication as a phenomenon, its types, operating modes and features, outlining a proposal about a possible object of study, namely: the use of information via physical interaction of an live organism live sentient (intelligent or not) with their environment, in relation with its life management in the world.

Keywords:

epistemology, communication, phenomenology, biosemotics.

PLANTEANDO EL PROBLEMA DE ANÁLISIS

La clara ausencia de un objeto de estudio de la comunicación hasta el momento no ha constituido un problema para el campo académico de la comunicación, al menos en México –aunque el panorama parece ser mundial–. Por razones de espacio aquí no ofreceremos siquiera un resumen del estado de la cuestión en torno a la preocupación que el tema genera, pero recomendamos la consulta de un debate al respecto, que ha tomado múltiples formas a lo largo del tiempo.² Se trata de esfuerzos rara vez conjuntos y bastante intermitentes.

A nuestro entender son tres las consecuencias más evidentes y dañinas de esta ausencia: 1. Diversidad de conceptos que se usan para nombrar la comunicación (transmisión, intercambio o flujo de información, o bien, interacción, contacto, encuentro, etc.), así como las formas que la describen, tales como acto, actividad, pro-

² Algunos de los autores emblemáticos en este debate son: Luis Ramiro Beltrán (1974); John Peters (1988; 2014); Paolo Mancini (1993); Robert Craig (1999); Wolfgang Donsbach (2006); St. John, Striphas y Sheperd (2006); Raúl Fuentes (2009, 2014); Carlos Vidales (2011, 2013); el extinto GUCOM (Galindo y Rizo, 2008), y por supuesto Manuel Martín Serrano (2007). Todos ellos referidos en la bibliografía de este trabajo.

ceso, escenario, instancia, situación, fenómeno; 2. Arbitrariedad epistémica con la que se ha posicionado a los medios de comunicación (nuevos y viejos) como objetos de estudio por excelencia; y 3. Vinculada con los temas a los que con el transcurso de los años se han ido asociando dichos objetos, confundiéndolos también con el objeto mismo de estudio de la comunicación.³ Como se puede ver, más bien se trata de una paradoja estructural del campo a la que no se le ha prestado la debida atención, ya que si bien el fenómeno comunicativo se halla atravesado por múltiples disciplinas y enfoques teórico-conceptuales, lejos de esclarecer su objeto, esto lo complica.

A pesar de lo dicho, a nuestro entender lo más grave es que a casi más de medio siglo de institucionalización campal, los investigadores de la comunicación continuamos formándonos y formando profesionales del área sin realmente tener claridad en torno a qué es “lo comunicativo”. Aunque sea poco grato aceptarlo, contribuimos casi inconscientemente a debilitar la construcción de conocimiento científico en cuanto al fenómeno comunicativo. Y por si fuera poco, la necesaria discusión acerca de esta problemática no ha pasado de esfuerzos generalmente individuales, que a ratos se diluyen por no encontrar un campo fértil donde anclar un debate de esta envergadura. En el caso de México ha habido intentos de poner el debate sobre la mesa, pero lamentablemente, se ha subvalorado.

En este texto pretendemos abrir nuevamente la discusión, presentando una propuesta de definición conceptual en torno a lo comunicativo, a partir de las aportaciones de la biosemiótica, la fenomenología y las teorías enactivistas del conocimiento. La elección de estas vertientes en esencia se debe a la manera en que entendemos la comunicación como un fenómeno, es decir, como lo que emerge a partir de la experiencia del ser. Por ello situamos en primer lugar al ser, en tanto de él deriva la comunicación a la manera de un comportamiento. Ésa es la razón por la que partimos de entender la comunicación como un fenómeno, lo que a su vez nos permitirá

³ El estudio de la comunicación hoy se encuentra mayormente centrado en los medios, nuevas tecnologías, sociología de la producción de noticias, discursos, industrias culturales, recepción (enfocada en las audiencias mediáticas, fundamentalmente), socialización, identidad, consumo, contenidos mediáticos, organizaciones, género, jóvenes, publicidad, política, educación, práctica profesional de la comunicación, etc. Una larga lista, como se puede ver, casi interminable.

proponer una caracterización de ésta en dos tipos y describir su funcionamiento en cuanto tal, así como sus principales características y los diversos modos en que opera. Desde dicha propuesta apostamos por una visión epistémica integradora, que no fracture la tradición, recuperando la herencia filosófica, sociológica, antropológica, psicológica y práctica sobre la comunicación, para plantear un acercamiento conceptual al fenómeno comunicativo como la manifestación de un tipo de comportamiento –uno más entre todos– que permite gestionar la vida de un organismo –sea humano o no, pero siempre sentiente– en/con su medioambiente natural, social y cultural-simbólico.⁴

LA COMUNICACIÓN COMO FENÓMENO

A pesar de la indefinición conceptual en torno a lo comunicativo a la que hemos hecho referencia muy brevemente, parece ser bastante asumido por todos que la comunicación posibilita (e incluso también se plantea que es) la construcción de significados o sentidos sobre el mundo. Si esto fuera cierto, no obstante, tendríamos que aceptar que es cognición y/o conocimiento, o cercano a ello, que propicia la construcción de sentido. Pero la comunicación, por supuesto, no es conocimiento, aunque ciertamente presuponga una actividad cognitiva (la de la construcción de información) y propicie construcción de sentido, sería impreciso afirmar que lo hace. Veamos.

Comencemos por decir que construir sentidos o significados sobre algo no es otra cosa que producir información sobre ese algo, lo que implica, como se podrá deducir, que la información no existe aislada de los procesos cognitivos del ser cognoscente, o si se quiere, más claro: que la información se construye a través de la

⁴ El término simbólico, ampliamente utilizado en este texto refiere a la definición del signo lingüístico saussureano. Desde este carácter arbitrario y abstracto/conceptual, lo simbólico se erige como aquello que está mediado por el lenguaje (hablamos de cualquier lenguaje, no solo el lingüístico y humano, y más adelante volveremos sobre ello). Únicamente en el caso de la presencia de los humanos el término simbólico implica, además, desde su acepción signica en la cultura y lo social, el mundo de la convención y los paradigmas, es decir, lo dado y construido desde coordenadas histórico-sociales y culturales.

experiencia perceptiva de quien conoce a partir de su interacción con lo eventualmente conocido. Ello presupone a su vez pensar la interacción como parte de los procesos de construcción de sentido, pero nunca hacerlos equivalentes. Es decir, la construcción de información o significados precisa de la interacción del ser cognoscente con el objeto eventualmente conocido, en tanto ésta posibilita la emergencia de la experiencia perceptiva por medio de la cual un ser se dispone a conocer. La primera consecuencia conceptual de esta conclusión es que la comunicación, de la misma manera que no es conocimiento ni cognición, tampoco es interacción, a menos que la asumamos como un proceso que permite la emergencia de la experiencia perceptiva (única, además de que puede propiciar la construcción de sentido), y creemos que esto distaría mucho de describir lo que sucede cuando nos comunicamos.

Desde el punto de vista de las teorías enactistas del conocimiento,⁵ la experiencia perceptiva es ciertamente cognitiva, y mediante ella se construye información. Pero según Varela (2005) –y nosotros con él–, la información no existe como tal en el mundo real, no está dada, por lo que se construye al interior del proceso perceptivo. Esto a su vez implica que el acto perceptivo es neces-

⁵ Las teorías enactistas del conocimiento surgen de la mano de Jonh Henry Holland, George Lakoff, Humberto Maturana, Walter Freeman y Stephen Grossberg, entre otros, durante los años 70, 80 y 90 del siglo pasado. Soportados en una serie de experimentos, los enactistas demuestran que el conocimiento emerge de patrones cognitivos regulares que se forman en nuestra mente debido a conexiones específicas de las neuronas en nuestro cerebro. Se oponen por ello al enfoque conexionista o asociacionista, también llamado computacionalista/representacionista, que parte de comprender al conocimiento y al pensamiento derivado de él como una red de asociaciones conceptuales, a través de las imágenes que elaboramos del mundo. Para los enactistas no hay conceptos ni representaciones propiamente dichas, sino conocimiento emergente, es decir, “salido de” y no necesariamente construido de forma consciente. Para mayor información se recomienda consultar la obra de Francisco Varela, mencionada en las referencias al final de este trabajo, la cual ofrece un compendio de las posiciones de estos investigadores. El enactismo o enactivismo se opone así al cognitivismo tradicional que define a la cognición como procesamiento de información. Los enactivistas arguyen que la cognición es una actividad continua que se delinea a partir de procesos autorganizados de participación activa en el mundo, y por la experiencia y autoafección del cuerpo animado. También puede consultarse la obra de Ezequiel Di Paolo, de igual forma incluida en las referencias de este trabajo.

riamente algo más que un acto de atención/selección de estímulos en la medida en que incorpora la interpretación; así, la percepción transforma el dato/estímulo en información, siendo ésta resultado de aquélla. Al respecto el autor señala: “si el pivote de la cognición es su capacidad para hacer emerger significados, la información no está preestablecida como orden dado, sino que implica regularidades que emergen de las actividades cognitivas mismas (2005, p. 120). En ese sentido, como se puede notar, la construcción de información es en sí misma construcción de conocimiento, de sentidos.

Pero ¿cómo se construye este conocimiento?, ¿de qué manera se da esta acción cognitiva? y sobre todo ¿por qué, para qué? En nuestra opinión esto podría arrojar luz sobre lo que es y no es un fenómeno comunicativo. Para ello proponemos elaborar una definición al respecto y reflexionar la forma en que podría involucrar los conceptos de interacción, cognición e información antes mencionados, en tanto implicados en la comunicación.

Según Heidegger (citado en de Lara, 2009, p. 381) el fenómeno es algo que aparece, se manifiesta, nos sale al encuentro al vivir; se trata de un modo en que algo comparece mediado por una referencia no teórica, sino experiencial. Así entendido, un fenómeno es, en principio, algo vivido y significado por quien lo experimenta, y la experiencia, como bien enfatiza el autor, siempre es particular, fáctica (Heidegger, 1999). Señala de Lara (2009, p. 384), y con razón, que los fenómenos no prejuzgan ni discriminan ni clasifican objetos, sino que más bien apuntan en su emergencia, a su interpretación, es decir, a aquel proceso cognitivo que proviene de la experiencia como actividad perceptiva. Esto, como puede verse, implica que el fenómeno –cualquiera que éste sea– no pueda comparecer de una sola manera, ya que la experiencia no se da de forma única, ni siquiera de forma igual o similar en los mismos que la viven.

Si esto ha quedado claro entonces hay que asumir que todos los fenómenos, incluyendo el comunicativo, no deberán pensarse como cualidad de las cosas, sino más bien como su modo del estar-ahí a la percepción, a la experiencia. Al respecto dice Heidegger: “los fenómenos son en tanto que sentidos” (citado en de Lara, p. 389). De esa manera todos los fenómenos, y en específico el comunicativo, que es el que nos atañe, se implican en el sentir y vivir de quien los experimenta, entendiendo por ello no solo la sensación o vivencia,

sino su interpretación vía un sistema de representación que puede ser el leguaje, tal cual lo conocemos, u otro. Esta idea se ha visto reforzada por las recientes investigaciones sobre la operación de conocer en el cerebro. Por medio de las teorías enactivistas acerca del conocimiento antes mencionadas, lo que conocemos como realidad proviene de lo que construimos a través de los patrones cognitivos que vamos incorporando a la red neuronal de lo sensorial (Varela, 2005, pp. 71-75), de manera que lo cognoscible se convierte en lo que el ser sensoperceptivamente puede conocer, en tanto se adecua a los patrones de percepción (o estructura mental) que su interconectividad neuronal permite registrar, como una especie de co-determinación, como dijera Varela (p. 102), entre lo que se puede conocer y lo que se conoce.

Una idea distinta, pero en esencia similar se ofrece desde la biosemiótica,⁶ a partir de la cual se entiende la evolución de la vida

⁶ La biosemiótica es una rama de la semiótica que tiene su origen en los trabajos pioneros de Jacob von Uexküll y Thomas Sebeok. Actualmente es liderada por Jesper Hoffmeyer. Se entiende como un paradigma reciente de la biología teórica que postula el carácter natural-cultural del signo como unidad de análisis en los seres vivos. Así, como señala Santilli, todos los sistemas vivos son sistemas biosemióticos, dando paso con ello a una nueva manera de entender la información biológica. Para mayor información sobre este tema se recomienda consultar el texto de Estela Santilli, *Biosemiótica, una metáfora de la biología teórica* (en www.ghhc.usp.br/server/AFHIC3/Trabalhos/22-Estela-Santilli.pdf) y de manera muy especial la obra pionera de Sebeok *Animal communication: techniques of study and results of research*, Bloomington: Indiana University Press, 1968; *Perspectives in zoosemiotics*, The Hague: Mouton, 1972; y *Signos: una introducción a la semiótica*, Barcelona: Paidós, 1996. También es recomendable consultar la obra de Jesper Hoffmeyer, *Signs of meaning in the universe*, Bloomington: Indiana University Press, 1996. A propósito de lo anterior, resaltamos el valor del concepto de causalidad semiótica, el cual (en palabras de Hoffmeyer) explica cómo la maquinaria molecular opera integrando la percepción sensitiva del mundo exterior sobre el mundo interior del organismo, tal y como es descrito en su sistema genético. En ese sentido, es fácil deducir que la selección natural se activa por la capacidad de adaptación de las especies al entorno, pero a diferencia de lo que planteaba Darwin, esta adaptación no es solo morfogenética, ni aleatoria ni fortuita, sino debido a la correcta y/o adecuada interpretación del entorno, en la medida en que ésta aumenta la capacidad del organismo para responder a la inmensa variedad de signos en el entorno natural a través de la formación de nuevos “interpretantes”. Lo anterior, según el autor, da lugar a lo que ha llamado “libertad semiótica” en alusión a la libertad de cada organismo de construir información sobre el entorno con efectos adaptativos

vinculada a los procesos semióticos (interpretativos), donde tanto éstos, igual que los evolutivos (de selección y adaptación), se conciben juntos y biológicamente naturales. En ese sentido, tanto los enfoques enactistas como los biosemióticos se articulan con los postulados fenomenológicos sobre la experiencia en la medida en que cada uno, desde sus singularidades, asumen la realidad como un aparecer de las cosas dado vía la percepción. Así, siendo la experiencia perceptiva el objeto de estudio de la fenomenología en los seres humanos, y dotando ésta a aquélla de un carácter cognitivo innegable, percibir no es otra cosa que producir/construir sentidos/significados/información sobre el mundo a través de la integración cuerpo-mente. Asumir lo anterior implica afirmar que los procesos de producción/construcción de sentido se hallan insertos indefectiblemente en los contextos físico-naturales, sociales y/o culturales-simbólicos donde se da la experiencia perceptiva de conocer, en dependencia del tipo de ser perceptivo del que se trate. No es lo mismo el contexto en que construye información una esponja o un perro que un ser humano.

Uno de los primeros vínculos entre fenomenología y semiótica se desarrolla en la obra pionera de Jacob von Uexküll (en Vidales, 2001, p. 74), de la mano de su concepto “mundo fenoménico” con el que se refería a los mundos-signos percibidos e interpretados por los organismos vivos en aras de la sobrevivencia. Con este concepto el autor dejaba entrever la manera en que el mundo influía en la vida de estos organismos, detonando una especie de señales de alerta ante las cuales cada organismo debía decidir semióticamente (o sea, interpretativamente) su actuación frente al mundo o medioambiente. Sin embargo, no es hasta la obra de Thomas Sebeok en las últimas décadas del siglo XX en que la biosemiótica alcanza un estatuto científico de programa, que la relación entre semiótica y fenomenología se hará evidente, ya que desde el punto de vista de Sebeok (2001), la semiosis organiza la vida, y lo hace porque a partir de ella es posible construir información o sentido mediante la interacción de los organismos vivos con su medioambiente.

beneficiosos. Para mayor información al respecto vale la pena consultar la obra del autor, recogida en las referencias de este trabajo.

Para comprender lo anterior es necesario saber que la información, desde los postulados biosemióticos, no se entiende como en la física en tanto propiedades de las cosas, sino más bien como inseparable del contexto desde el cual se construye (lo que implica que se interprete), y ello se articula sobradamente no solo con los postulados fenomenológicos sobre la experiencia, sino también con la propuesta de los enactistas antes descrita. Como señala Di Paolo (2013) que para los enactistas pensar y percibir son categorías de vivir. Para reafirmar su idea el autor sostiene que el mundo siempre es algo que nos importa, y esto es justo lo que hace que participemos cognitivamente de él; así, conocer es participar, y participar es construir la información desde nuestra percepción, de manera que la construcción de sentidos o información resulta de un proceso semiótico, interpretativo, que se da vía la experiencia perceptiva del ser. Eso es justo lo que aceptamos cuando hablamos de la comunicación como fenómeno de construcción de sentido, pero en realidad –como se puede ver– lo anterior habla de la información, no de comunicación en sí. Aquí surge la pregunta: entonces, ¿qué es la comunicación?

Si no es interacción, ni percepción ni cognición ni conocimiento ni información, es evidente que tiene que ser otra cosa, aunque no necesariamente deba definirse ajena a todo lo anterior. La propuesta que exponemos entiende a la comunicación, primeramente, como un fenómeno de la experiencia del ser en el mundo, es decir, como un modo en que el ser vive el mundo y lo interpreta. Pero a diferencia de otros fenómenos, como los afectivos o psicológicos, por ejemplo, la comunicación es un fenómeno de la expresión del ser, si se quiere, podemos indicar que es un fenómeno del “decir”, pero decir para nosotros no implica necesariamente un decir por medio de palabras y mucho menos de lenguaje, al menos no como lo que conocemos (articulación entre sistemas de signos donde significado y significante constituyen una unidad simbólica que permite que dicha codificación, al ser compartida, haga emerger socialmente el entendimiento). Para nosotros decir es una expresión y ello nos permite aseverar su finalidad como un hacer emerger la existencia del ser perceptor vía su expresión, que entendida así a su vez se configura como una de las disímiles maneras a través de las cuales el ser gestiona su vida en el mundo en que se inserta. De esta

forma, la expresión opera como un fenómeno comunicativo que le sirve tanto para comunicarse “en”, como para comunicarse “con” el medioambiente, el otro. Pero ¿qué le permite al ser esta comunicación, esta expresión?, ¿de dónde extrae o construye el contenido que usa para expresar? o ¿es posible pensar que expresa sin información? Veamos.

Para comenzar esta reflexión hay que mencionar que la expresión es de esos términos sin una definición precisa, pero como la comunicación, todos usamos. Se trata de un concepto que lo mismo refiere a los sentimientos, deseos y declaraciones, que sirve para alguna práctica social, tal como expresión artística, política, etc. En este caso, como usamos el término circunscrito a quien expresa, la expresión se entiende como aquello que permite al ser “decirse” o “mostrarse”, ya sea que esta expresión provenga de una decisión intencional o no, y más: ya sea que se entienda desde una condición individual o social. En este último caso hemos de decir que la expresión individual no precisa del entendimiento del otro para decirse, sin embargo, la expresión social sí. Todos los seres sociales, incluyendo a algunos animales y a los humanos, nos expresamos desde ambas condiciones, pero hay otros seres que no son sociales y lo hacen únicamente desde su condición no social o individual, tal y como sucede con aquellos animales que a los le es posible gestionar su vida en forma aislada, como las esponjas, por ejemplo. La expresión comunicativa de dichos seres implica un estar-ahí, un “mostramiento” ciertamente rudimentario, pero existente. Por ello la expresión no es más que un modo, entre otros, de gestionar la vida. Ejemplo: cuando el camaleón cambia de color para pasar inadvertido a su depredador, se expresa, al igual que cuando el bebé llora para llamar la atención de sus padres.

Así entendida la expresión no es facultad de los seres humanos. Todos los organismos vivos con sistema nervioso (aunque éste sea muy primitivo) se expresan y lo hacen porque constituye un modo de ser-estar en el entorno, además de sobrevivir y adaptarse a él. Cuando el entorno de estos seres es social, es decir, cuando dependen de otros para gestionar la sobrevivencia y adaptación, su expresión debe ser necesariamente social, activando formas de vida compartidas, socializadas, donde es indispensable poner en común la información a través de algo que, aunque nos cueste aceptar, pue-

de llamarse lenguaje,⁷ el cual no se da necesariamente en torno a la palabra (lo hay visual, gestual, sonoro, etc.) y su uso no es exclusivo de los humanos. En ese sentido podemos afirmar que la expresión precisa de lenguaje, siempre y cuando se trate de una expresión social, lo que no invalida el despliegue de una expresión individual.

Ahora bien, ¿a través de qué se “expresa la expresión”? La respuesta más sugerente es la información, pero como ya dijimos, ésta es construida por el ser a partir de su experiencia perceptiva con/ en el entorno, que es –digámoslo de una vez– todo lo que no es el ser, o sea, naturaleza, sociedad, otros seres, etc. Y es que, tal y como comentamos antes, por medio de la experiencia el ser construye sentidos sobre el mundo (de hecho, lo constituye), de manera que lo que se expresa en ese sentido es construido, lo que antes hemos llamado información. Dicho esto, se hace necesario pensar las formas en que se construye el mismo, pues de ahí estaríamos en condiciones de reflexionar sobre la expresión, que es la finalidad de la comunicación como fenómeno para gestionar la vida en aras de la sobrevivencia y adaptación.

Para ello proponemos pensar, tal y como lo hacen la biosemiótica y el enactismo, en dos vías para construir información desde la experiencia perceptiva: la sensible, es decir, a través de los sentidos y todo el aparato sensoperceptor de nuestro cuerpo, y la intelectual, proveniente del mundo simbólico que por lo general habita la mente humana. Esta última vía es desde la que mayormente el campo de la comunicación, al menos en México, traza sus límites para investigar lo que denomina fenómenos comunicativos, aunque –como ya hemos demostrado– aceptar la terminología de fenómeno coloca a la comunicación en latitudes más amplias. La percepción, como

⁷ Es importante señalar que, aunque hablamos de lenguaje, no debe circunscribirse a la palabra, pues entendido desde una perspectiva más general que la de la lengua, el lenguaje debe asimilarse desde el espacio de la codificación, una más entre todas las existentes. No hay que caer en la tentación de concebir al lenguaje solo desde la palabra, ni al ser humano lingüístico como aquel ser privilegiado con lenguaje, ya que el lenguaje es todo aquel sistema de significantes/significados, sean lingüísticos o no, que puedan ser entendidos como códigos, es decir, como estructura que articula “decir” con “entender”, develando la relación primaria entre significante y significado, y no se circunscribe a lo verbal ni a lo humano, porque también hay lenguaje o sistema de codificación entre animales.

señala Merleau-Ponty (1985) desde la fenomenología, siempre está vinculada al cuerpo, lo que a su vez es corroborado por el enactista Di Paolo (2013) cuando plantea que el cuerpo vivo crea un mundo de significados en su ser y accionar; así como por el neurobiólogo Damasio (2015, p. 147) cuando expresa que “los mapas cerebrales explícitos son el sustrato de las imágenes mentales, los cerebros que elaboran mapas tienen la capacidad de introducir literalmente al cuerpo como *contenido* en el proceso de la mente”.

Según puede verse, la estrecha relación entre fenomenología, biosemiótica y enactismo nos permite ampliar el campo de acción (y estudio) de los fenómenos comunicativos, y de manera particular la biosemiótica, aunque en lo específico, tomamos del postulado biosemiótico aquello viable de ser explicado desde la fenomenología, abocándonos a dar cuenta de la existencia de semiosis, desde la perspectiva de los fenómenos comunicativos, en cualquier organismo vivo con capacidad de sentir/percibir (sea inteligente o no⁸), lo que excluye a los organismos vivos carentes de esta capacidad, como los unicelulares y las plantas.⁹ Esto, como puede apreciarse,

⁸ La clasificación que usamos para separar a los seres sentientes inteligentes de los no inteligentes, parte de una primera división entre seres sin mente y con mente, de manera que solo son sentientes los animales no inteligentes, y los seres sentientes inteligentes (que tienen mente), donde se hallan algunos de los animales llamados inteligentes, además de los seres humanos. En este sentido se hace necesario precisar qué se entiende por inteligencia en los animales. Al respecto hay que decir que la inteligencia aparece únicamente con el desarrollo psíquico de las especies, y que en estricto sentido se opone al instinto en tanto presupone un comportamiento inicialmente incierto al carecer de la univocidad determinante del instinto. Justo este comportamiento incierto posibilita un nuevo modo de relacionarse con las cosas, al que se le conoce como inteligencia. En ese sentido los etólogos consienten en que no hay inteligencia en los animales. Sin embargo, es posible hablar de una inteligencia práctica que les permite resolver problemas imprevistos, y en general, la adaptación. Se trata de lo que se conoce como conocimiento concreto, en oposición al abstracto, que es lo específicamente inteligente. Pero para los fines de este trabajo, tomamos como animales inteligentes a los que poseen esta inteligencia práctica, y por tanto un lenguaje asociado a ella para la expresión/interacción afectiva de su estado orgánico. Entre ellos se encuentran, por ejemplo, perros, delfines, elefantes, orangutanes y chimpancés, entre otros. Sugerimos revisar el texto de Leopoldo Prieto, *Instinto, inteligencia y consciencia*, disponible en línea. De todo lo anterior se desprende que en dependencia de la clase de ser vivo de que se trate variará el volumen y tipo de información (simbólica o no) que el ser construya.

⁹ Los organismos vivos con capacidad de sentir y percibir son aquellos que poseen

rebatte la idea de que tanto la construcción de información como su gestión vía la expresión, que es lo que hemos definido como fenómeno comunicativo, son de la exclusiva propiedad de los seres humanos, aunque éstos, por ejemplo, pueden construir información y gestionarla tanto desde lo sensible como a partir de lo intelectual. Entonces, entender que hay dos vías para la construcción de información, mismas que no necesariamente se encuentran separadas, pero tampoco atadas, implica aceptar también que los fenómenos comunicativos tienen, en principio, un umbral mínimo y máximo de ocurrencia. El mínimo se define desde la construcción y gestión de la información por la vía sensible debido a la facticidad no compartida de la percepción, que no permite la generalización ni el intercambio de dicha información. El umbral máximo es el de la vía simbólico-cultural. Con ello es posible colegir que el fenómeno comunicativo puede ocurrir desde un umbral mínimo en cualquier ser u organismo vivo con capacidad sensoperceptiva, lo que nos permite situar una primera caracterización de dicho fenómeno a partir de las siguientes premisas: 1. La comunicación emerge gracias a la información que el ser construye en su relación perceptiva con su medioambiente (sea éste natural, social y/o cultural-simbólico), 2. La manera de construir esa información/conocimiento pasa por dos vías: sensible o no simbólica e intelectual o simbólica y 3. La comunicación hace viable gestionar la vida de dicho ser a partir de

sistema nervioso central, por lo que la construcción de información solo podría ocurrir en ellos y no en todos, como lo plantea la biosemiótica. En ese sentido, aunque recuperamos una buena parte de su propuesta, marcamos distancia, sobre todo en la medida en que no nos permitiría hablar de la comunicación como fenómeno. Por ejemplo, una planta necesita aire, sol y agua para sobrevivir, su condición de ser vivo la obliga a procurarse estos elementos que fungen como nutrientes para su sobrevivencia. Así la planta reacciona al medioambiente, pero no lo percibe, hecho que impide que no configure sentidos sobre él para gestionar su existencia vital. El caso de los bebés recién nacidos (seres potencialmente inteligentes, pero sin desarrollo mental) es diferente: se vuelven hacia la madre en busca de alimento, si bien reaccionan ante ella (instinto), también son capaces de percibirla, sentirla, y cuando al hacerlo construyen sentidos. La diferencia entre la planta y el bebé es la posesión de este último de un sistema nervioso, propio de la mayoría de las especies animales. Las especies de los reinos monera, protista, plantae y fungi no cuentan con él, de ahí que la construcción de sentidos, si bien no es facultad exclusiva de los seres humanos, sino de todo ser sentiente, tampoco es facultad de todos los seres vivos.

la construcción de información –entendiendo por ésta una información interpretada, con sentido–¹⁰ como parte de los procesos de adaptación y evolución en el mundo en que se inserta.

Siguiendo lo anterior, en principio proponemos conceptualizar los fenómenos comunicativos como los que emergen, a través del uso o gestión de la información construida derivada tanto de las actuaciones sensorperceptivas del ser mediante su despliegue sensible, como aquellas que derivan de su actividad reflexiva e intelectual de tipo simbólico. En ambos casos la teoría fenomenológica de la experiencia y la percepción –como la propuesta por Merleau-Ponty–, la biosemiótica de Sebeok y Hoffmeyer y la corriente enactista de las teorías del conocimiento, generan insumos para pensar a la comunicación como un fenómeno derivado de la experiencia perceptiva, y por tanto del conocimiento vía la interacción del ser con su entorno.¹¹

¹⁰ Hemos de señalar, para que quede libre de toda duda, que la construcción/producción de sentido, tal y como lo consigna Di Paolo (2013), se deriva de la interacción significativa y sujeta a normas entre el agente y su mundo, y es producto de lo que Varela (2005) llama “actividad coherente del ser respecto al entorno”, la cual consiste en la estructuración del entorno mediante regularidades (evaluadas virtualmente en función de la autopoiesis) que retroalimentan la actividad interna del organismo cognoscente, que es justo lo que hace emerger el conocimiento a partir de la construcción de información sobre dicho entorno en relación con el organismo. Se trata, como puede notarse, de entender la cognición como una actividad relacional y mental. En ese sentido es que se afirma que un sistema vivo es capaz de interactuar cognitivamente. En los seres vivos no mentales, como las hormigas, por ejemplo, la constitución del mundo vía la construcción de información o significados, esencialmente se da a través del aparato sensorperceptivo; los sentidos derivados de esta aprehensión sensorial pueden llamarse “sensibles”, pero nunca simbólicos, ya que, como es fácil colegir, son organismos pre-lingüísticos, de manera que los significados construidos se configuran sin ser nombrados o caracterizados en función de una relación preexistente y compartida entre signifiicante y significado, lo que sería el lenguaje. En cambio, en los seres vivos inteligentes la presencia del lenguaje permite la construcción de sentidos simbólicos, lingüísticos, dando lugar así a una actividad reflexiva –aunque su alcance sea mínimo, como sucede con los animales no humanos–. Nada más en el caso del bebé recién nacido, como ejemplo emblemático de ser humano inteligente pero aún sin influencia lingüística, podemos decir que esto no ocurre. Por ello, insistimos, el mundo de la relación perceptiva de un ser lingüístico siempre forma parte del mundo del lenguaje, y mediante de él puede dar cuenta de una relación perceptiva más compleja con la realidad.

¹¹ Es relevante destacar aquí la deuda que este trabajo, a partir de sus elecciones epistémicas, tiene con la obra de Gregory Bateson, en específico con su ecología

Es así que la instancia espacio-temporal de la relación perceptiva, base de toda comunicación, está en función de la construcción/producción de conocimiento/información o significados sobre el mundo, misma que se gesta al interior del mundo de la interacción (y no del mero contacto), en tanto sin interacción no es posible la cognición. Entendida de esta forma, la interacción supone participación y posibilita –a diferencia de la mera reacción de los organismos vivos– la capacidad de interpretar el medioambiente. No obstante, insistimos, resultaría absurdo pensar que dicha interpretación pudiera ser solo de tipo simbólico-cultural, pues la interpretación es un mecanismo de aprehensión cognitiva del mundo que no necesariamente se da mediada por la interpretación simbólica, sino también a través de interpretación pre-reflexiva y pre-lingüística (sensible), que en ningún caso puede ser inconsciente. Lo anterior tiene sentido si entendemos que la consciencia es un estado mental que permite la constitución del mundo, y esto, con mayor o menor alcance, es propio de todos los seres sentientes con mente.¹²

de la mente, donde puntualiza la relación sistémica entre mente y naturaleza en términos de evolución. En la propuesta batesoniana mente y naturaleza forman una unidad, que justamente se activa a partir de la percepción y el conocer. Conocer es hacer, y viceversa, es la máxima presente en la obra de Bateson, principio que también podemos encontrar en la obra de Maturana. Por último, no puede faltar la referencia a un concepto clave en el autor británico: el contexto, al que sin más define como información, y a ésta a su vez como comunicación. Desde tal perspectiva, como se podrá notar, información y comunicación no se encuentran separadas, ni siquiera en la fase evolutiva, como propone la teoría paleontológica de la comunicación de Manuel Martín Serrano, sino que más bien la información que se obtiene del contexto o entorno es la que se construye para comunicar no “a”, sino “con” el entorno. Para mayor información recomendamos la consulta de *Pasos para una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la auto-comprensión del hombre*, Buenos Aires: Editorial Lohlé-Lumen, 1972.

¹² Damasio (2015, p. 241-243) entiende la consciencia como “un estado mental en el que se tiene conocimiento de la propia existencia y de la existencia del entorno [...] sin mente no hay consciencia: pero es un estado mental particular puesto que se halla enriquecido con una percepción del organismo particular en el que funciona la mente, y ese estado mental incluye el conocimiento de que tal existencia está ubicada, de que hay objetos y acontecimientos a su alrededor [...] Los estados mentales conscientes manejan necesariamente un conocimiento basado en diferentes materiales sensoriales –corporales, visuales y auditivos, entre un largo etcétera– y manifiestan propiedades cualitativas variadas para las diferentes corrientes sensoriales. Los estados mentales conscientes son “sentidos”. La mente,

Por todo lo anterior consideramos a la comunicación como la forma diferenciada en que el ser usa la información construida para gestionar su vida y sobrevivencia mediante su expresión.

En el caso de los seres humanos (sentientes e inteligentes), la expresión generalmente es concebida como simbólica a través del uso del lenguaje, pero éste no solo constituye un elemento mediador entre el ser y el mundo, es –como dijera Foucault (1997)– un monumento, una institución. Esta condición lo erige en una red de relaciones entre significantes, significados, valores, prácticas, y modos de decir y entender el mundo que justamente estructuran lo que percibimos y pensamos de él, por lo que los significados que se construyen vía el lenguaje humano son en sí mismos significados “significados”, es decir, significados mediados por otros significados; ello, como es sabido, constituye una unidad de forma y contenido arbitraria, aunque extremadamente exitosa, para construir la realidad, la cual en ningún caso excluye –aunque sí llega a desplazar– los significados contruidos por la vía sensible. Y es que a pesar de que para el ser humano la realidad en la que se inserta es social y cultural, también hay que señalar la existencia de una realidad natural, por lo que si bien es difícil que su expresión se dé fuera de los marcos de esa condición sociocultural que lo define y en la cual se inserta, no invalida *per se* la construcción de información por la vía sensible y mucho menos un comportamiento expresivo sensible, o sea, fuera de este lenguaje en cuestión.

El ser humano no pierde su condición de organismo biológico por ser social, aun y cuando lo social-cultural devenga una red de definición lingüística e identitaria mucho más extensa y por ello más abarcadora, densa y determinante en su vida. Por esta razón, aunque el lenguaje desempeñe un papel relevante en los procesos de expresión y construcción de sentido en los seres humanos, por sí mismo ningún lenguaje resulta condición imprescindible para

por su parte, no es una cosa, sino más bien una función, donde las sensaciones, al decir de Damasio (2015, p. 129) son, “con toda probabilidad, los constituyentes primordiales de la mente, basados en las señales directas que provienen del cuerpo propiamente dicho. Curiosamente, son también componentes primordiales e indispensables del sí mismo, y constituyen para la mente la primera e incipiente revelación de que su organismo está vivo”. Para mayor información se recomienda la consulta de la obra de este autor, mencionada en las referencias de este trabajo.

ello. El ejemplo es la sensibilidad en tanto fuente no lingüística, a partir de la cual se construye sentido, a la manera de una codificación propia que se da a través de la percepción sensorial y que los enactistas llaman estructura mental.

Considerando todo lo anterior podemos asumir que por medio de la actividad sensoperceptiva del ser, éste construye información o significados sobre el mundo que le rodea, tanto de forma consciente como preconsciente. En los casos en que estos significados no estén mediados por el lenguaje, lo hacen a través de la sensibilidad del ser, esto es: de su capacidad de sentir, generando significados insertos en una red de codificación propia, individual. En otros casos, como ocurre mayormente con los seres humanos lingüísticos (excluimos al bebé de esta definición), la mediación es simbólica en la medida en que ocurre por medio del lenguaje preexistente, en el cual el ser humano se inscribe, pero sin remedio ni cuestionamientos en tanto constituye la vía cognitivamente más factible para gestionar su vida en el mundo social y cultural donde tiene que desplegar su actividad en sociedad.

Entonces, desde esta perspectiva, la actividad perceptiva desplegada por los organismos vivos sentientes, inteligentes o no, se constituye en una actividad cognitiva relacional, es decir, que pone en relación perceptiva al perceptor y el mundo/objeto a percibir, siendo éste el resultado de lo percibido. Se trata, como puede notarse, de una postura esencialmente fenomenológica que define la “realidad” tal cual la percibimos (Damasio, 2015),¹³ por ello, si la percepción está mediada por la sensibilidad, lo percibido construirá un significado vinculado a esta mediación, mientras que, si la percepción se encuentra mediada por el lenguaje, los significados resultantes se construirán en función de otros previamente existentes. El uso de la información construida para el despliegue expresivo, que a nuestro entender constituye el meollo conceptual de la comunicación, se halla en función del mundo de la interacción/relación perceptiva que, en pocas palabras, es el mundo de la experiencia.

¹³ Esto, por supuesto, no refiere a la inexistencia de la realidad más allá de los sentidos, sino al papel de nuestros sentidos en el conocimiento de la realidad. Para mayor información es recomendable consultar la obra del autor, consignada las referencias de este trabajo.

Aquí la experiencia es entendida básicamente como la sensación, el sentir, tal y como la postula la fenomenología.¹⁴ Merleau-Ponty (1985, p. 73) define el sentir como aquello que “reviste a la cualidad de un valor vital, lo capta, primero, en su significación para nosotros, para esta masa pesada que es nuestro cuerpo, de ahí que el sentir implique siempre una referencia al cuerpo [...] el sentir es esta comunicación vital con el mundo que lo hace presente como lugar familiar de nuestra vida. A él deben objeto percibido y sujeto perceptor su espesor”. Más adelante el mismo autor señala que sentir “es el fenómeno central de la vida perceptiva, ya que ella es la constitución, sin modelo ideal, de un conjunto significativo” (p. 74), con lo que reniega de la experiencia como introspección o intuición del sentido a lo Bergson, articulando un precepto distinto: el objeto y el mundo son tal y como aparecen en nuestra consciencia. El mundo objetivo nos es conocido entonces a través de la consciencia, por eso, lo que Merleau-Ponty pone en juego es el estatuto de autoconstitución de la realidad a partir del mundo vivido, de manera que, en palabras del autor, el mundo se convierte así en polo de nuestra percepción, donde la forma percibida justamente posibilita la emergencia del mundo. Se trata, como señala el propio autor, de una operación creadora que participa de la facticidad de lo irreflejo (pp. 81-82), que es, en sus términos, lo irreflexivo, lo que no se puede pensar.¹⁵

Justo por lo anterior proponemos entender la comunicación – desde un sentido de utilidad no siempre (auto)reflexivo, pero siempre al amparo de la experiencia de la relación perceptiva misma– como el uso de la información construida para gestionar la vida y la sobrevivencia del ser a través de su comportamiento expresivo. Pero como ya hemos comentado, hay dos modos mediante los cuales se puede construir dicha información: el de la sensibilidad del

¹⁴ No se trata, como puede notarse, de una fenomenología de los llamados “hechos de consciencia”, sino más bien de la fenomenología que fundara Maurice Merleau-Ponty (1985), a partir de la experiencia y los sentidos. Para mayor información se sugiere consultar la obra del autor mencionada en las referencias de este trabajo.

¹⁵ Resulta evidente que ello implica referir al mundo como un aparecer a lo Heidegger, por lo que la fenomenología se ocupa del estudio del aparecer del ser en la consciencia a través de la experiencia perceptiva del cuerpo y el aparato sensorial.

ser¹⁶ (intrínseca de todo ser vivo sentiente) y el que proviene del universo de sentido simbólico-cultural preexistente conformado por el lenguaje (extrínseca).

En el primer caso, la información construida es estrictamente individual, pues no se comparte y proviene de la facticidad misma del acto de percibir, por lo que solo es explicable a partir del régimen de sensibilidad desplegado por el ser en el acto perceptivo. La información resultante de este proceso posee una carga de validez incuestionable para el ser mismo, pero muy cuestionable –o al menos inaccesible en tanto inverificable– para el ser en su relación con otro ser; en el segundo caso la información construida es compartida, ya que la existencia del lenguaje, por medio de sus códigos y referentes/referencias comunes lo permite, aunque dicho compartir no es explicable, en su origen, necesariamente fuera de los regímenes de sensibilidad del ser.¹⁷ Esta información resulta esencial-

¹⁶ Como se habrá dado cuenta el lector, utilizamos el término sensibilidad como equivalente de sensopercepción, ya que asumimos las posturas de la filosofía cognitiva que entienden a la sensación y a la percepción como dos caras de una misma moneda. Véase a Wolfgang Welsh (1998) en la obra que aparece en las referencias de este trabajo. Al sentir, entonces, percibimos, es decir, asignamos significados, sentimos algo (no sentimos en el vacío), y ese algo sentido no es otra cosa que el significado que asociamos al sentir mismo. Desde el registro tímico más rudimentario podemos tener dos clases o subtipos de sensaciones: las que resultan agradables y las que disgustan. Según puede apreciarse, esto contribuiría a la construcción de sentidos muy poco desarrollados o complejos, a partir de la fuente sensible. Lo tímico es entendido desde la psicología y la psiquiatría como una categoría afectiva, relacionada con la sensibilidad, en referencia a los llamados “afectos basales” (dolor o placer). Está asociada, desde una primera aproximación, al cerebro reptiliano o primitivo, que es la parte del cerebro humano donde se originan nuestros impulsos e instintos, y al cerebro límbico, donde se almacenan nuestras emociones y recuerdos. Para mayor información recomendamos consultar las obras de Henry Ey, *Tratado de psiquiatría*, y de Paul Mc Lean, *El cerebro triuno*.

¹⁷ Hemos tomado el concepto de sensibilidad de la propuesta realizada por la investigadora mexicana Katya Mandoki, quien la define como condición de apertura sensible al mundo por parte del ser, en tanto ser vivo. Hay que señalar que la autora se refiere a los fenómenos de sensibilidad desde la estética, a partir de dos corrientes que considera necesario desarrollar en el estudio de los fenómenos sensibles: bioestética (ciencia que estudia los fenómenos sensibles en el mundo físico-biológico) y socioestética (estudia los fenómenos sensibles en el mundo social, y donde específicamente se refiere a lo social como la sociedad humana). Nosotros, aunque marcamos distancia con algunos de los postulados conceptuales de esta propuesta,

mente colectiva y hasta cierto punto arbitraria, en tanto precisa de consenso para ser reconocida como legítima.

En resumen: al haber analizado cómo la construcción de significados resulta connatural a todo ser vivo sentiente y no nada más a los seres inteligentes, y asimismo, al haber asumido que ello deriva de la experiencia perceptiva que se da a través de la interacción del ser con su entorno, nos parece necesario reflexionar ahora en torno a la naturaleza de la información construida en tanto consideramos que a partir de ella se gestan los usos que el ser puede dar a dicha información en su cotidiana actuación existencial. Con ello el binomio significación-acción (o si se quiere información-comunicación) se concreta en el fenómeno comunicativo, a la manera en que opera el uso de la información respecto de los fines de sobrevivencia y adaptación antes mencionados. Esto es imprescindible para la exposición de nuestra propuesta, porque precisamente de la conceptualización que hagamos de este uso se desprenden los modos de operación del fenómeno comunicativo, y su correspondiente reconocimiento conceptual. En el siguiente apartado ofreceremos una reflexión sobre la primera cuestión desde los conceptos de intención e intencionalidad, en cuya raíz se halla la razón de conceptualizar diferencialmente a la información simbólica de la no simbólica.

EN TORNO A LA INTENCIONALIDAD Y LA INTENCIÓN EN LA EXPERIENCIA PERCEPTIVA

La diferencia entre los conceptos de intención e intencionalidad proviene de la conceptualización que de ésta última hace la fenomenología de la percepción de Merleau-Ponty, quien a su vez mediante

asumimos su conceptualización en torno a la sensibilidad en tanto nos resulta pertinente, en lo general, para referirnos a los fenómenos de sensibilidad, tengan o no lugar en seres humanos, o en otros seres vivos. Por otra parte, es fundamental decir que para Madoki la sensibilidad no solo se inscribe en el ámbito de lo individual, sino que también se despliega como mecanismo de especie, desde un punto de vista biológico (véase la obra de Maturana y Varela, incluida en las referencias de este trabajo), y también como fuerza retórica en el ámbito de lo compartido, en el caso de los seres con lenguaje. Para esta última acepción se recomienda consultar la Prosaica II, de Katya Mandoki, consigna en las referencias de este trabajo.

ella corrige la idea de la fenomenología trascendental husserliana, en tanto apegada a un cartesianismo para nada fenomenológico. La fenomenología de Husserl pondera la intuición como un modo de conocer la esencia de las cosas,¹⁸ en cambio Merleau-Ponty (1985) postula la intencionalidad como una acción perceptiva consciente no intencional, es decir, si bien orientada a un fin, no enfocada a la consecución de un fin previamente establecido, y en ese sentido más asociada a lo sensible.¹⁹ Es así que en Husserl la postura tras-

¹⁸ Aquí es importante entender que en su origen el planteamiento de Husserl es un postulado de transición desde donde el autor intenta dar respuesta a un conocer no simbólico, vinculado a la emergencia de hechos de consciencia a través de la percepción. Para el filósofo moravo las cosas tienen esencia y ésta se nos revela mediante la percepción que tenemos de ellas, pero no se trata de una experiencia fenomenológica como tal, sino más bien de una “experiencia intuitiva”, a través de la cual obtenemos conocimiento. A eso el autor le llama fenomenología trascendental, una fenomenología dada a la percepción, pero que no es experimentable (2015, p. 95). Para mayor información se recomienda consultar la obra de Husserl citada en las referencias de este trabajo. Por su parte, Merleau-Ponty corrige la propuesta husserliana dejando fuera los actos de intuición, para colocar en su lugar a la experiencia como modo de conocer. La experiencia, en tanto corpórea, necesariamente pasa por el aparato senso-perceptivo, dando al conocimiento verdadero un halo de percepción fáctica. En términos de este autor, lo verdadero no existe más que como aquello que se percibe como tal.

¹⁹ En estricto sentido la intencionalidad, tal como aparece en la obra de Merleau-Ponty, es intencionalidad operante. Esto significa que a pesar de ser una propiedad de la consciencia (lo que implica que no es pura ni independiente de su ejercicio y el contexto donde ésta se ejecuta), para este autor la sensación es intencional desde su propia constitución, so pena de no ser sensación en absoluto (Arias, 1997, p. 7). Los actos de pensamiento no son propiedad exclusiva del significado. En ese sentido, para Merleau-Ponty la irreflexividad de la intencionalidad en absoluto es una ausencia de sentido, sino más bien una especie de reconocimientos no premeditados o explícitos. No se trata de las intencionalidades de acto que se prefiguran en la obra de Husserl como vehiculadas al juicio o la representación, sino más bien de una consciencia vinculada al cuerpo en su relación perceptiva con el mundo. En una primera aproximación la define como una red de intenciones significativas más vividas que conocidas (citado en Arias, 1997, p. 11), enfocándose así en las vivencias originarias implicadas en el movimiento, la emoción, etc. Es necesario acotar que para Merleau-Ponty no existen dos intencionalidades (operante y de acto), sino una sola, donde ambas se reúnen, empatando así dos fuentes de conocimiento: sensible y reflexiva, ancladas en la facticidad de la experiencia por medio del cuerpo, esto es una especie de consciencia perceptiva, orgánica, ajena al dualismo consciencia-mundo de la fenomenología de la consciencia husserliana. Para mayor información sobre el tema es recomendable

cendente implica ir más allá de lo particular para afirmar la acción perceptiva en los predios de una relación que Merleau-Ponty llamó *intencionada*. Esta acción intencionada (no intencional) precisamente no persigue ningún fin, sino que es dada, como señala Husserl, en la consciencia de una dación originaria, es decir, como experiencia *muda* y expresión *pura* de su propio sentido (Husserl, 1953, p. 33).

Hay que tener en cuenta que Husserl solo habla para el ser humano, pero podemos extender su conceptualización a todo ser vivo sentiente, porque esta experiencia muda, salvando las distancias de la intuición (con las que ciertamente no concordamos), puede estar dada por lo que aquí hemos nombrado, siguiendo a Mandoiki (2006), como condición de sensibilidad del ser: su condición de existencia como ser vivo, que se da a partir de la experiencia del cuerpo. Al respecto Merleau-Ponty (1985) refiere que el cuerpo es el que abre al ser al mundo, poniéndolo en situación, esto es, haciéndolo “consciente de”. Por eso sustituimos la sensibilidad por la intuición husserliana.

A propósito de lo anterior, Pfeiffer (2002) realiza una interesante discusión en torno a los conceptos de intencionalidad e intención que afirma, frecuentemente suelen confundirse, aún en el caso de los propios fenomenólogos. La investigadora argentina inserta esta discusión al interior de la fenomenología trascendental husserliana, pero se apoya en Merleau-Ponty para señalar que la consciencia es el motor dador y configurador del sentido (2002: 267), la cual se comporta fenomenológicamente en dos planos: primario (de origen) –que para Husserl está dado vía la intuición, pero que Merleau-Ponty, centrado en la experiencia perceptiva, conceptualiza como espacio de construcción del sentido a través de la experiencia sensible, corpórea, precedente al lenguaje y no intencional–;²⁰ y el

acudir al ensayo de Benito Arias, consignado en las referencias de este trabajo.

²⁰ Hemos de reconocer al respecto que desde los estudios sistémicos en comunicación quizá la Escuela de Palo Alto, probablemente de la mano de Gregory Bateson (ver nota 10), es la que por primera vez intentó resumir en el acto comunicativo los procesos biológicos, psicológicos y sociales, por ello creemos que se puede desprender una premisa fenomenológica. No la hemos considerado aquí como fuente porque nuestro argumento rinde tributo específicamente a la fenomenología de Merleau-Ponty, donde la mencionada Escuela no se reconoce.

otro plano, tamizado por el lenguaje, donde la experiencia es pensada y nombrada. En el primero, dice Pfiesser, de la mano del fenomenólogo francés, se concreta la intencionalidad, mientras que en el segundo lo hace la intención. Así, la intencionalidad fragua una percepción a partir de la cual se construyen los sentidos no simbólicos, y la intención lo hace a partir de la construcción de sentidos simbólicos, en tanto prefigura, en función del lenguaje, un uso compartido del significado. Esto último que permite cuestionar la existencia única de la información, y en consecuencia, del fenómeno comunicativo como simbólico, porque lo simbólico, en tanto “lingüístico”, está inscrito en lo histórico-social-cultural, posibilitando también la existencia de la intención, desde la cual solo es posible hablar de comunicación como expresión-indicación, y no como ejecución o acción no expresiva.²¹ Entonces, por contraposición, la información no simbólica es aquella que se construye como “expresión” *pura* desde esa experiencia *muda* innombrable de Husserl.

Es evidente que lo anterior posibilita hablar de dos tipos de comunicación: simbólica y no simbólica, las cuales en el caso de

²¹ Éste es el argumento que emplea Martin Serrano para definir a la comunicación como actividad indicativa. Pero cabe señalar que no coincidimos del todo con la conceptualización que se hace de la comunicación desde la teoría social de la comunicación propuesta por este autor (2007), básicamente debido al carácter simbólico e intencional que asigna a lo que denomina actos comunicativos, a través de la separación entre coactuación y comunicación. Nuestra apuesta ensaya otra mirada: si bien entiende la comunicación como el autor propone (una forma de comportamiento, una acción o práctica), no excluye de ella a los actos ejecutivos en tanto que además de resultar actos de interacción, también son esencialmente actos expresivos. Es de señalar que precisamente en su teoría paleontológica de la comunicación Manuel Martin Serrano pretende resolver el dilema de lo que es y no es comunicación, estableciendo una diferencia entre las señales con valor informativo y las comunicativas. Para él la información es usada significativamente por el receptor, mientras que la comunicación se da cuando el emisor gestiona la información, o sea, la usa. El sentido de gestión de la información, asigna, según el autor, valor comunicativo a las señales, haciendo que el emisor tenga el control de la señal y de uso indicativo. Debemos recordar que Martin Serrano entiende la comunicación como una actividad indicativa, de transmisión de señales y para nosotros ésta es solamente una de las formas en que emerge la comunicación, no la comunicación en sí. Lamentablemente no hay espacio para establecer un diálogo necesario con la obra de este autor, por lo que recomendamos el análisis de su obra (presente en las referencias de este trabajo) y postergamos el debate para futuras oportunidades.

los seres humanos se articulan. En ese sentido el fenómeno comunicativo, en tanto se hace presente a partir de la experiencia vital perceptiva del ser ante el entorno, debe ser comprendido –así lo proponemos– como un fenómeno práctico cuya finalidad es la gestión vital del ser en su entorno, vía su comportamiento expresivo, con vistas a la adaptación y sobrevivencia biológica (por medio del despliegue de la intencionalidad y la construcción no simbólica de la información), al igual que social y cultural (desde la intención y construcción simbólica de la información).

A partir de estas premisas conceptuales es de notar que la actividad intencionada no busca fin u objetivo concreto alguno, pues *sucede* al operar como vehículo experiencial de la existencia, y en esa operación tiene lugar la construcción de sentidos a través de una relación básicamente sensible, gestada a su vez por la intencionalidad del ser en el mundo, en tanto es el fruto de su condición de ser sentiente. Es decir, la actividad intencionada del ser mediante su mera existencia está orientada de forma no reflexiva y pre-lingüística a la expresión y construcción de información no simbólica, partiendo de la interacción del ser con el entorno, lo que hace a su vez posible pensar dicha interacción como una relación perceptiva de socialidad.²² En cambio la intención, operada a través de una comunicación que funciona orientada hacia un fin concreto, lo hace por el camino de lo simbólico, pues la intención presupone ese carácter abstracto, consensuado, conceptual y convencional del sentido compartido que vía el lenguaje, logra recrear la separación sujeto/objeto.

En ese sentido podemos decir que la intención, a diferencia de la intencionalidad, supone la existencia de un ser sentiente con

²² Hemos adaptado este término del concepto de sociabilidad de George Simmel, desde el cual el autor acusa toda relación social, es decir, toda relación entre un sujeto y otro. Sin embargo, para hablar del mundo de la relación preferimos el término socialidad y no sociabilidad, para dar cuenta de manera más parca de que lo que llamamos el mundo de la relación, que es el espacio de relación no necesariamente entre un ser humano y otro, sino entre seres vivos sentientes inteligentes o no, y entre éstos y su entorno. El término socialidad admite, al igual que en Simmel, varios tipos de relación, pero aquí lo tomamos en el sentido en el que lo define Simmel, como sociabilidad “pura” que es para nosotros una relación no simbólica, en tanto no tiene que estar dada por el orden de lo social y cultural propiamente dicho. Para mayor información se sugiere consultar la obra del autor, mencionada en las referencias de este trabajo.

mente y un objetivo, por lo que precisa de tres condiciones: 1. Reconocimiento del otro en tanto diferente (diluyendo o cancelando la impresión de unidad entre sujeto-objeto dada por la intencionalidad), 2. Presencia del lenguaje como mecanismo mediador en dicho reconocimiento y 3. Entramado social (y cultural-histórico únicamente para el caso de los seres humanos) en que se inserta. Así, los fenómenos comunicativos en la comunicación humana operan, al menos, desde dos niveles que suelen (con)fundirse, provocando una buena parte de las aporías conceptuales del campo, por ejemplo, que la comunicación nada más ocurre entre seres humanos,²³ que debe necesariamente ser simbólica, y por ello, orientarse por la intención del emisor para lograr el entendimiento por parte del receptor.²⁴

Entonces, a partir de lo anterior podemos decir que los dos niveles a los que hemos hecho referencia: primario –que no forzosamente primero–²⁵ de la comunicación (no simbólico), entendido desde la intencionalidad de la existencia del ser y que implica la relación perceptiva de apertura sensible al mundo en que está inserto y del cual forma parte indisociable por su condición de ser

²³Vale la pena recordar la defensa a ultranza que hace de ello Umberto Eco en *La estructura ausente*, intentando situar los procesos de comunicación y por tanto de semiosis (para el semiólogo italiano la semiosis equivale a la comunicación, no a la significación; de ahí también su terca, y en nuestra opinión, errada comprensión de los fenómenos de significación como opuestos a los fenómenos de comunicación), a través de sus famosos umbrales superiores e inferiores de la semiótica, reduciendo la semiosis a los fenómenos de la cultura.

²⁴ Resulta curioso que, si bien esto último es asumido por una buena parte del campo académico de la comunicación como un enfoque conceptual superado, es uno de los tantos actos de fe que se asumen casi intuitivamente, sin reflexión ni explicación, lo que si bien permite en los hechos ponerlo en práctica, no permite construir alcances heurísticos más allá de su aplicación a un grupo privilegiado de objetos y situaciones incuestionablemente comunicativas.

²⁵ Con esta aclaración queremos subrayar nuestra distancia en el debate en torno a que va primero, si la sensación o la percepción, o viceversa. Como explicamos en la nota 15, para nosotros, sensación y percepción son dos caras de una misma moneda, lo que implica también una toma de postura en contra de quienes piensan que hay una comunicación pre-lingüística que antecede a la comunicación lingüística. Nada más lejos de nuestra intención. Insistimos: se trata de dos tipos de comunicación que se dan fenomenológicamente, por vías diferentes, pero no necesariamente enlazadas de forma secuencial a la manera de un antes y un después.

vivo sentiente; y un segundo nivel, más complejo y propiamente simbólico, que vehicula la consecución estratégica de un fin (intención), tal y como ya mencionamos, conforman al fenómeno comunicativo en los seres sentientes inteligentes, pero –como también ya dijimos– no necesariamente se encuentran atados uno al otro. A continuación, veamos cómo opera la construcción de sentido en los fenómenos comunicativos de acuerdo al uso que los seres sentientes, con y sin mente, dan a la información construida.

USOS DE LA INFORMACIÓN Y MODOS DE OPERACIÓN DE LA COMUNICACIÓN: UNA MIRADA CONCEPTUAL AL FUNCIONAMIENTO DE LOS FENÓMENOS COMUNICATIVOS

Como se puede notar, lo anterior nos plantea el requerimiento de dar cuenta del uso que, con fines de sobrevivencia biológica y/o sociocultural, y a través de su comportamiento expresivo, los organismos vivos sentientes, inteligentes o no, le dan a la información construida, sea resultante de un proceso simbólico o sensible. Recordemos que la información construida vía únicamente la sensibilidad (como la que se da en animales no inteligentes) siempre es no simbólica, y en la medida en que se construye a partir del despliegue de la sensibilidad del ser, no puede ser aprehendida por el lenguaje en tanto resulta no mediada por él. En cambio, la información simbólica es construida desde una red de sentido preexistente (sociocultural, histórica, codificada y compartida) que no solo posibilita su aprehensión mediante el lenguaje, sino que al ser fundada en él constituye al lenguaje mismo. Partiendo de esta distinción parece plausible diferenciar los fines para los que se usa la información no solo por el tipo de ser que la construye, sino por el tipo de despliegue perceptivo y/o reflexivo utilizado para ello. El *uso*, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, es una acción práctica que se define por su utilidad, por lo que en este trabajo definiremos los diferentes tipos de uso en torno a sus distintos tipos de utilidad. Veamos.

El uso de la información no simbólica a través del comportamiento expresivo del ser se realiza con fines autogestivos, en tanto se encuentra enfocada esencialmente a la satisfacción de sus necesidades biológicas, a partir de su interacción física con el entorno

(que también es el ser mismo²⁶), y se ocurre por medio de su condición sensible. Para que este uso no se halle combinado con otro, la información debe ser gestionada por un ser sentiente no inteligente, que negocia su existencia de forma no reflexiva, a la manera en que sucede el proceso de acoplamiento estructural propuesto por Maturana y Varela (2009). Por esa razón su comportamiento comunicativo se orienta a su actuación en el mundo que es, no sobra decir, una actuación pre-reflexiva y pre-lingüística, o sea, esencialmente sensible, que no presupone una consciencia de la existencia del sí mismo (es decir, no hay reflexividad ni autorreflexividad), pero sí un experimentar el sí mismo en un tiempo-espacio concreto (pre-consciencia), donde la sensación resulta importante no solo para construir la información no simbólica, sino para su uso autogestivo a través de una expresión vinculada a su percepción sensible.

Como ya comentamos, las sensaciones placenteras y dolorosas o de peligro no son más que experiencias perceptivas que se registran en el cerebro reptiliano, dando por resultado la configuración de significados que, atados a las sensaciones que los provocan, ciertamente están muy poco desarrollados, aunque le sirven al ser para sobrevivir y adaptarse al mundo en que se inserta (cuando nos referimos a los seres sentientes no inteligentes, hablamos específicamente del mundo natural; pero si este uso ocurre en los seres humanos, la información puede construirse tanto desde el punto de vista sensible como simbólico, y la emergencia del comportamiento comunicativo puede darse tanto en el mundo natural como en el sociocultural). Y es que como el ser humano es un ser bio-psico-social, su comportamiento comunicativo no puede reducirse a un actuar simbólico, sino que también se abre a un actuar sensible.

²⁶ No debe confundirse el sentido otorgado al concepto del ser mismo con el sí mismo de George Hebert Mead, para quien el sí mismo es tanto el *self* como el otro generalizado (cultura, sociedad, valores y significados imperantes por las normas sociales). Cuando hablamos del ser mismo, lo hacemos en términos de acoplamiento estructural, sin intención ni fin. El concepto “acoplamiento estructural” ha sido propuesto por los biólogos Humberto Maturana y Francisco Varela como aquello que en términos biológicos define la adaptación, y en cognitivos, los cambios del estado interno de los organismos vivos por medio de la emergencia de conductas congruentes con el medio. Para mayor información puede consultarse la obra de los autores señalada en las referencias de este trabajo.

En ese sentido, como se habrá podido colegir, la emergencia de los comportamientos comunicativos se debe al uso de la información que cada una de las dos clases de seres sentientes aquí descritas (inteligentes y no inteligentes) pueden construir. Un ser sentiente no inteligente, como las lagartijas o las esponjas, por ejemplo, solo construye información de tipo no simbólico, reduciendo su uso a la autogestión, vía la expresión sensible, en función de su sobrevivencia biológica; mientras que un ser sentiente e inteligente (perros, delfines, elefantes, chimpancés y ser humano, entre otros) puede construir ambas. También la construcción de información simbólica por parte de estos seres amplía su uso tanto con fines autogestivos como heterogestivos. Analicemos.

Como señalamos antes, el uso autogestivo permite gestionar los significados contruidos por el ser únicamente para sí, pues sólo él interviene en su uso. Se trata de significados utilizados para sobrevivir biológicamente en tanto ser y entorno forman una unidad, donde el primero no es capaz de diferenciar su sí mismo del entorno, porque ni siquiera puede pensarse como un sí mismo, lo que no implica la ausencia de su comportamiento comunicativo (es el caso del camaleón). Pero como se puede deducir, la información construida a partir de una fuente sensible como el cuerpo y todo el aparato sensorceptivo que lo rige, no puede compartirse, y su uso tampoco. Lo antes mencionado resulta la razón más clara para definir la direccionalidad centrípeta de este comportamiento comunicativo.

En el caso de los seres sentientes e inteligentes, varía, pues en la medida en que poseen lenguaje y capacidad de “pensar” usan la información para gestionar su vida al interior tanto de un entorno físico-natural, como social y/o simbólico-cultural, éste último, propiedad exclusiva de los seres humanos. Como ya dijimos, esto supone un proceso de individuación que le permite al ser separarse del entorno (objeto o ser/sujeto desde el cual o por el cual construye la información) y además usar la información construida en esa circunstancia para relacionarse con él de una manera distinta a la mera expresión sensible, ya que de forma más o menos consciente, presupone al otro. Así, el uso heterogestivo es una utilización de la información que apunta a un comportamiento expresivo, instituido en relación con el otro, en tanto éste interviene en dicha utilización como parte imprescindible de la gestión de vida del ser.

De esa manera, como podrá notarse, la actuación performática en que deriva el uso para sí de la información, es un comportamiento comunicativo cuya direccionalidad, por ello es centrípeta, siendo que la información, si bien construida a partir del otro, únicamente es usada por y para la sobrevivencia y adaptación del ser que la construyó. En el caso del uso heterogestivo, la gestión de la información no se hace sólo por el ser que la construye, sino por el ser en relación social con otros; de ahí que podemos decir que el paso del uso autogestivo al heterogestivo también marca la transformación de una simple actuación performática en/con el entorno, en una acción de intervención del ser en él, desde el ámbito de su relación con otros seres. Al respecto hemos de acotar que por actuación entendemos un *performace* expresivo derivado precisamente de su existencia como ser sensible; mientras que con la intervención describimos un comportamiento expresivo de agencia, que potencialmente hace posible la transformación del entorno y/o del sí mismo y el otro. Así las cosas, nos es viable afirmar que la relación entre el uso autogestivo y heterogestivo está signada, en este último, por la consciencia de que el otro existe como diferente, lo cual posibilita que se constituya como presencia fundamental para la expresión, implicando a su vez no solo algún grado de pensamiento, sino también cierto grado de intención en dicha gestión.

En el caso de los seres humanos es claro que lo anterior describe tanto un comportamiento comunicativo orientado a la actuación (pensemos en el llanto de bebé para cubrir sus necesidades biológicas básicas) como uno orientado a la intervención; por eso la direccionalidad de dicho comportamiento puede ser tanto centrípeta como centrífuga.²⁷ El uso heterogestivo sirve, en tanto deudor de una relación social propiamente dicha, para fines de sobrevivencia y adaptación biológica y sociocultural. Es así que el uso heterogestivo, a diferencia del autogestivo, supone la relación social (la cual no hay que pensar solamente en términos de la sociedad humana, pues también hay sociedad en los animales), con reglas que cumplir, y

²⁷ Cabe aclarar que como uso la direccionalidad centrípeta o centrífuga en ningún caso requieren una actuación reflexiva o mental, sino un modo de gestionar la información construida, para diversos fines, por lo que valen por sus implicaciones prácticas, en tanto gestión.

por tanto con códigos de conducta, lo que de suyo implica la existencia de un lenguaje, aunque ciertamente sea menos rico y abstracto que el humano. En ese sentido, dicho uso posibilita la emergencia de una relación de sociabilidad que puede ocurrir tanto en condiciones de despliegue de poder, como en su ausencia. Por lo general, en el primer caso estas relaciones sociales podrían ocurrir de igual forma desde el rechazo o confrontación entre los seres, que desde la negociación; en el segundo caso, no obstante, las relaciones sociales tal vez adquirirían la forma de confianza, empatía y simpatía, a la manera en que Simmel (2014) propone la sociabilidad pura.

Para los seres humanos cuando el mundo de la sociabilidad se gesta desde un escenario social y simbólico-cultural, resulta funcional no solo para la (re)construcción del sentido, sino también para el (re)posicionamiento simbólico de los agentes humanos, sus comportamientos y productos (entiéndase discursos, artefactos, representaciones, etcétera). Este mundo, en la medida en que incluye el reconocimiento del otro como distinto, opera a través del lenguaje en aras de facilitar el entendimiento al compartir referentes/referencias, códigos, lenguajes, signos, y por ello deben anclarse en la red de significados preexistente, codificados y compartidos, a riesgo de cancelar toda relación, razón por la que consideramos que el comportamiento comunicativo gestado desde la relación social es en sí mismo una intervención, y no la mera actuación del ser en el entorno del que es incapaz de diferenciarse.

Entonces, la intervención como segundo modo de operación de la comunicación, no se soporta únicamente en la presencia/existencia del otro (sea humano o no), sino también en la previa consecución de un fin, mismo que los estudios sobre la comunicación han llamado intención, que así vista, se torna en requisito para la intervención, de manera que puede definirse –a diferencia de la actuación que es intencionada– como un comportamiento comunicativo intencional, justo lo que Martín Serrano propone entender como comunicación.²⁸ Para el autor la comunicación es solamente

²⁸ Como actividad indicativa la comunicación indica, en palabras del autor, una forma de comportamiento intencional que se realiza por medio de actos expresivos a través de los cuales *ego* le indica algo a *alter* (ver nota 20). Aunque para Martín Serrano la información solo se transmite (eso es lo que se halla en la base del

una actividad indicativa, o sea, una actividad por medio de la cual *ego* indica algo a *alter*. Pero para nosotros, como se puede apreciar, esta forma de operación de la comunicación es un subtipo de expresión signada por la voluntad y el poder de decir que presupone la intervención. Por eso el criterio de operación de la comunicación en la intervención es la enunciación.

Es preciso decir que la enunciación nada más se da como parte de la acción expresiva simbólica del ser ante el otro. Se diferencia de la simple expresión, propia del uso autogestivo, en que además del reconocimiento del otro, también presupone la intención, el entendimiento y el manejo de un mínimo de habilidades para “decir” dicha intención; de ahí la necesidad de emplear mayormente signos lógicos²⁹ al construir superficies textuales comprensibles para ese

concepto de actividad indicativa), para nosotros la transmisión y el intercambio son dos caras de una misma moneda. La transmisión se entiende hoy en día desde una dimensión más discursiva que técnica, es decir, como un acto de enunciación desde el que una fuente transmite una información que “viaja” cifrada por un canal hacia un destinatario, de manera que la transmisión intenta asegurar así un efecto (de ahí la necesidad de su eficacia). Sin embargo, sería poco sensato pensar que el intercambio de información no supone un proceso de transmisión de ida y vuelta, donde la fuente de transmisión cambia en función de la secuencialidad de los “turnos de habla”. Eso describe mejor lo que sucede en las situaciones comunicativas reales. Incluso en la llamada comunicación de masas, donde durante buen tiempo se creyó que no había retroalimentación por parte de las audiencias, y por ello se sostenía que los efectos eran lineales (de la fuente al destinatario y nunca al revés), lo cual está superado, la respuesta de los destinatarios de una información transmitida se expresa y/o transmite de diferentes maneras, sea a corto o largo plazo, y a nuestro juicio esa respuesta presupone un intercambio de información que se suscita vía su transmisión.

²⁹ Los signos lógicos forman parte de la clasificación de Pierre Guiraud (2004) sobre los signos, a los cuales divide en lógicos y expresivos. Caracteriza a los lógicos como convencionales, arbitrarios, objetivos, generales, abstractos y simbólicos (su ejemplo por excelencia es la palabra); y en cambio los expresivos son contingentes, subjetivos, singulares, motivados y concretos (siendo su ejemplo más representativo los signos del arte). Sin embargo, hemos de señalar que esta separación tipológica no debe hacernos pensar que los fenómenos comunicativos que tienen lugar a través de la transmisión e intercambio de señales solo emplean signos lógicos, pues los signos suelen aparecer imbricados dentro de cualquier superficie textual, por lo que su diferencia en lógicos y expresivos únicamente muestra los grados o niveles de interpretación y reconocimiento al interior de un *continuum signico in extenso*, y también dependen mucho del nivel de competencia interpretativa de sus usuarios. Un signo lógico dentro del lenguaje de los perros puede ser perci-

otro, y desde ahí anclar la transmisión e intercambio de información a un mismo objeto de referencia, esté o no de acuerdo con lo que se dice o indica. A diferencia del comportamiento comunicativo que tiene lugar a partir la actuación sensible del ser, la intervención recrea un campo de acción comunicativa vía la integración de la habilidad enunciativa y la intención en los textos configurados como mensajes o señales,³⁰ enfocándose así en la relación social de tipo simbólico, en tanto mediada por el lenguaje y lo social.

Para intentar una síntesis de lo antes dicho, enseguida mostramos esquemáticamente nuestra propuesta en el siguiente recuadro:

Tipo de comunicación e información	Uso o gestión de la información	Direccionalidad y soporte de la comunicación	Criterio de operación comunicativa	Modalidad de operación comunicativa	Campo de acción de la comunicación	Formas de acciones comunicativas	Contenido de las acciones comunicativas
No simbólica	Satisfacción de necesidades biológicas (autogestivo)	Centrípeta vía la sensibilidad	Expresión (intencionalidad)	Actuación	Relación de sociabilidad pura (sensible)	Empatía y simpatía	Placer
						Rechazo	Displacer
Simbólica	Satisfacción de necesidades biológicas y socioculturales (heterogestivo)	Centrípeta/ Centrípeta vía el lenguaje	Enunciación (intención)	Intervención	Relación de sociabilidad (simbólica)	Confianza	Acuerdo
						Aceptación	Acuerdo
						Confrontación	Desacuerdo
						Negociación	Acuerdo

CONCLUSIONES

Como se ha podido notar, la propuesta aquí presentada intenta recuperar y hacer converger la tradición en torno a lo que se ha

bido como expresivo por un orangután o un humano. Por ello, y a sabiendas que esta clasificación de los signos es bastante simple, hemos optado por incorporarla, debido a que nos parece suficiente para ilustrar a grandes rasgos los diversos tipos de signos que pueden configurar un texto, en aras de un mayor o menor grado de entendimiento que es lo que en principio haría eficaz una intención, al tiempo que podría ofrecer información sobre ella misma, y las habilidades y competencias enunciativas del enunciador. Para profundizar en el tema se sugiere acercarse a la obra del autor consignada en las referencias de este trabajo.

³⁰ Es preciso señalar que entendemos el concepto de texto, tal cual lo hace Villegas (1993), como enunciado, producto o mensaje de la comunicación. Así, los textos configuran mensajes o representaciones que a nivel social pueden ser entendidos como formas simbólicas o discursos de todo tipo. Aquí descansa una buena parte de la práctica comunicativa profesional hoy en día: periodismo, producción mediática (visual, sonora, audiovisual, digital) publicidad, diseño, etc.

venido estudiando e investigando dentro del campo académico de la comunicación hasta el momento, y al mismo tiempo incorpora tradiciones poco exploradas que, a nuestro juicio, contribuyen a comprender lo que comúnmente llamamos comunicación. La diferencia de este planteamiento es que abre una visión integral de los fenómenos comunicativos como aquellos que emergen del uso de la información construida (simbólica o no simbólica) por el ser sentiente (inteligente o no) en su relación perceptiva con el entorno/medioambiente/otro o sí mismo, con fines de sobrevivencia y adaptación, vía la expresión. Así, los postulados biosemio-fenomenológicos de lo comunicativo que aquí se proponen, aportan insumos suficientes para esclarecer el concepto de comunicación, al tiempo que también resultan pertinentes para explicar la forma en que ésta emerge y opera en la realidad natural, social y/o simbólico-cultural.

A partir de entender la comunicación como el uso de la información construida vía la interacción del ser con el entorno/otro (experiencia), desde un comportamiento expresivo, ponemos el acento en dicho uso como objeto de estudio de la comunicación, en tanto éste (en sus variantes auto y heterogestiva) se halla muy estrechamente vinculado al tipo de significados construidos y las diversas modalidades de operación (actuación e intervención expresiva) que a partir de ello adquiere el fenómeno comunicativo. Desde esta perspectiva, el campo de estudios de la comunicación necesariamente ampliaría su rango de reflexión e investigación a otros objetos y dotaría así a los ya existentes de un fundamento epistemológico, mayormente hoy fuera del alcance de muchos investigadores. Los postulados enactistas, biosemióticos y fenomenológicos de los que nos hemos auxiliado para nuestra propuesta conceptual, a nuestro juicio constituyen sendos ámbitos del saber que los estudios de la comunicación han soslayado esencialmente hasta el momento,³¹ pero que son una fuente invaluable de información, la cual creemos, puede y debe ser aprovechada.

³¹ Cabe precisar que esta omisión no se ha debido simplemente a la ignorancia, sino más bien a las formas en que se ha construido el saber en el campo de estudios de la comunicación, y a partir del cual se difunden e investigan los fenómenos comunicativos.

Ésa es la razón por la que consideramos que la presente propuesta, en la medida en que intenta corregir algunos desatinos y confusiones en torno a la conceptualización de la comunicación como fenómeno, también logra colocar en el centro del debate sobre “lo comunicativo” el estudio de fenómenos y prácticas humanas y socioculturales que en la actualidad –desde una postura más arbitraria que epistémica– no tienen cabida como fenómenos comunicativos en el campo institucionalizado de los estudios de la comunicación, y por ello no constituyen materia de su estudio. Nos referimos concreta, pero no únicamente, a los fenómenos afectivos-emotivos que cada día adquieren mayor presencia en el comportamiento social de individuos y grupos, así como los que atañen a la acción política espontánea, las pasionales reacciones ante los juegos deportivos, la violencia o la cualidad sensible de la recepción frente a las obras de arte.

En síntesis, el planteamiento que aquí se arriesga puede resumirse como sigue:

- La comunicación es un fenómeno de la experiencia, y como tal se da en los seres sentientes, sean inteligentes o no.
- Como fenómeno de la experiencia, la comunicación emerge estrechamente vinculada a las formas en que percibimos en el mundo, es decir, a las maneras en que construimos información o significados sobre él.
- Existen dos modalidades de percibir el mundo: desde la sensorialidad del ser y desde su racionalidad. En el primero media todo el aparato sensorial –estrechamente vinculado con el cuerpo–, y en el segundo, el lenguaje.
- Cuando solo media la sensibilidad/sensorialidad, la información construida es de tipo no simbólico, en tanto lo simbólico está siempre mediado por el lenguaje, y debido a ello toda información construida desde el lenguaje necesariamente es simbólica.
- La existencia de información simbólica y no simbólica prefigura la existencia de comunicación simbólica y no simbólica, los dos únicos tipos de comunicación que reconocemos. La comunicación organizacional, intercultural, política, interpersonal, digital, social, de masas, publicitaria, estratégi-

ca, pública, etc., son más bien clasificaciones de la comunicación simbólica, en función de sus ámbitos de emergencia y no del uso expresivo de la información por parte del ser que la gestiona.

- El fenómeno comunicativo no puede definirse, entonces, desde esos ámbitos de emergencia, sino más bien como parte de la existencia y acción del ser en el mundo en que se desenvuelve su experiencia vital; por ello más que la construcción de sentidos (propio de la actividad perceptiva y configuradora de información), la comunicación es el uso de esa información, vía el comportamiento expresivo de estos seres, con fines de sobrevivencia y adaptación, tanto en el mundo físico-natural, como social y/o simbólico-cultural, según el tipo de seres que la gestionen.
- Existen únicamente dos usos que pueden darse a la información construida: autogestivo y heterogestivo. El primero solo implica un uso para sí (individual), enfocado a la satisfacción de las necesidades biológicas del ser, en cambio el segundo implica la satisfacción de sus necesidades biológicas y socioculturales, pero a partir de la relación con otro ser (afectación mutua mediante la expresión). En el primer caso, debido al tipo de información construida, se da la comunicación no simbólica, mientras que el uso heterogestivo posibilita la emergencia de la comunicación simbólica.
- Simbólica o no, no obstante, hay tres condiciones básicas para la emergencia de toda comunicación: 1. El ser debe interactuar con su entorno, 2. Debe construir un sentido o significado a la manera de información derivada de la interacción anterior y 3. Debe usar dicha información para gestionar su vida, su existencia, a través de su comportamiento expresivo.
- Dicha gestión puede darse de manera pre-consciente o consciente. En el primer caso se halla la comunicación no simbólica, y en el segundo la simbólica. Un uso pre-consciente de la información abona básicamente a la sobrevivencia biológica, por lo que el ser nada más experimenta el mundo, lo vive, expresándose en él desde su condición sensible, a la manera de un *performance*. El uso consciente de la informa-

ción (en algún grado o nivel) abona a la sobrevivencia tanto biológica como social (en el caso de los seres sentientes e inteligentes) y cultural-simbólica (en el caso de los seres humanos). En estos últimos la presencia del otro en tanto distinto supone un despliegue activo de su actuación, y no un mero *performance* expresivo-existencial. Dicho despliegue es una acción práctica a la que le hemos llamado intervención y desde ella el ser no solo actúa o vive el mundo, sino que lo interviene, por medio de su expresión, transformándolo y transformándose él mismo (sea consciente o no de ello).

- La intervención se da, entonces, vía la relación social, a su vez mediada por el lenguaje. Se trata de una relación “lingüística”³² que, en el caso de los seres humanos, abona a la construcción de la subjetividad e identidad al poner en marcha tanto mecanismos de individuación neurobiológicos y psicológicos, como socioculturales de socialización.
- Derivado de lo anterior, se puede afirmar que la comunicación comporta dos modos básicos de operación: actuación e intervención expresiva. La actuación ocurre en el campo de la relación sensible vía la mera expresión sensible, y la intervención en el campo de la relación social vía la enunciación (expresión simbólica). En los seres sentientes e inteligentes, pero sobre todo en los humanos, actuación e intervención son modalidades complementarias de operación comunicativa, cada una con sus criterios, formas y contenidos, que logran conjugarse sin necesariamente desplazarse entre sí.

Como se podrá apreciar, en este trabajo creemos haber demostrado que la diferenciación y combinación que puede darse entre los dos usos expresivos de la información, abonan a una conceptualización de la comunicación como fenómeno, que si bien tiene la posibilidad de exigir descripciones teóricas diferentes (en función

³² Es esencial insistir en la necesidad de entender lo “lingüístico” desde su sentido amplio de lenguaje, es decir, de codificación. Por ello cuando hablamos de lo lingüístico no nos abocamos solo al sistema signico de la palabra, sino al lenguaje en un sentido amplio, como puede ser el lenguaje por señas, corporal o gestual, sonoro, visual, audiovisual, etc.

de los objetos y ámbitos que se estudien), rara vez serán seriamente excluyentes desde el punto de vista epistémico. A nuestro modo de ver, el reto de pensar la comunicación como fenómeno contribuye a entender esta manifestación de la experiencia vía el comportamiento expresivo del ser, como integrado a otros fenómenos que gestionan su existencia, lo que a su vez crea la oportunidad de abrir el espectro de objetos y ámbitos de estudio de la comunicación desde una instancia teórico-conceptual mucho más situada en el ser y sus modos de habitar el mundo. Por eso para nosotros el uso o gestión expresiva de la información que construye el ser como parte de su experiencia perceptiva con/en dicho mundo, en esencia constituye al fenómeno comunicativo. Esto, sin duda, también favorece una mirada conceptual más abarcadora para la reflexión e investigación de los estudios sobre la comunicación, que creemos imprescindible al menos poner a debate.

REFERENCIAS

- Arias, B. (1997). "La intencionalidad operante en Merleau-Ponty", en *Contrastes, Revista Interdisciplinar de Filosofía*, vol. II, página 5-25, Universidad de Málaga.
- Beltrán, L. R. (1974). "Communication reaserch in Latin America: the blind folded inquiry?", en *International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World*, IAM-CR, Leipzig, September 17-20.
- Craig, R. (1999). "Communication theory as a field", en *Communication Theory*, 9, 119-161.
- _____. (2007). *Theorizing communication. Readings across traditions*, Thousand Oaks: Sage, 63-98.
- Damasio, A. (2010). *Y el cerebro creó al hombre*, Barcelona: Planeta.
- Di Paolo, E. (2013). "El enactivismo y la naturalización de la mente", en D. P. Chico y M. G. Bedia (Coords.), *Nueva ciencia cognitiva. Hacia una teoría integral de la mente*, Madrid: Plaza y Valdés. También disponible en línea: ezequieldipaolo.files.wordpress.com/2011/10/enactivismo_e2.pdf.
- Donsbach, W. (2006). The identity of communication research, *Journal of Communication*, 3 (56), 437-448
- Foucault, M. (1997). *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI.
- Fuentes, R. (2009). "Medio siglo del estudio universitario de la comunicación en México: el riesgo del 'inmediatismo superficial'", en Ángel

- Ortiz (Coord.), *xvii Anuario de Investigación de la Comunicación*, CONEICC, Mexicali, Baja California: Universidad de Baja California, CONEICC, 99-115.
- _____ (2014). "Postgrados e investigación en comunicación en México: ¿estancamiento o evolución de la 'desarticulación múltiple'?", en revista *Comunicación y Sociedad*, nueva época, 22, julio-diciembre, 13-51.
- Galindo, J. y Rizo, M. (2008). *Historia de la comunicología posible. Las fuentes de un pensamiento científico en construcción*, México: Universidad Iberoamericana León.
- Guiraud, P. (2004). *La semiología*, México: Siglo XXI.
- Hoffmeyer, J. (1997). "Biosemiotics: towards a new synthesis in biology", en *European Journal for Semiotic Studies*, 2 (9), 355-375.
- Husserl, E. (1953). *Meditations cartesiennes*, París: Vrin.
- _____ (2015). *La idea de la fenomenología. Cinco lecciones*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (2013). *Escritos*, México: Siglo XXI.
- Mancini, P. (1993). "The legitimacy gap: a problem of mass media research in Europe and The United States", en *The future of the field I. Journal of Communication*, 3 (43), 100-109.
- Mandoki, K. (2006). *Estética de la vida cotidiana y juegos de la cultura. Prosaica I*, México: Siglo XXI.
- _____ (2006). *Prácticas estéticas e identidades sociales. Prosaica II*, México: Siglo XXI.
- Martin Serrano, M. (2007). *Teoría de la comunicación, la vida y la sociedad*, Madrid: Mc-Graw Hill/Interamericana.
- Maturana, H. y Varela, F. (2009). *El árbol del conocimiento*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Merleau-Ponty, M. (1985), *Fenomenología de la percepción*, España: Planeta-De Agostini.
- Peters, J. D. (1988). "The need for theoretical foundation. Reply to González", en *Communication Research*, 3 (15), 309-317.
- Peters, J. D. (2014). *Hablar al aire. Una historia sobre la idea de la comunicación*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Pfieffer, M. L. (2002). "Intención e intencionalidad. Aportes para aclarar un equívoco", en *ÉNDOXA: Series Filosóficas*, 16, pp. 255-270, Madrid; UNED, recuperado e-spacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=bibliuned:Endoxa-200295BB78BB-2199-BEB0-5722-B3A10903FC12&dsID=intencion_intencionalidad.pdf.
- Sebeok, Th. A. (2001). *Signs. An introduction to semiotics*, Toronto: University of Toronto Press.

- Shepherd, G., St. John, J. y Striphas, T. (2006). *Communication as... Perspectives on theory*, Thousand Oaks: Sage.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Varela, F. (2005). *Conocer*, Barcelona: Gedisa.
- Vidales, C. (2011: 11-45). "El relativismo teórico en comunicación. Entre la comunicación como principio explicativo y la comunicación como disciplina práctica", en *Comunicación y Sociedad*, Nueva Época, 16, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- _____ (2013a). "La emergencia del relativismo teórico en la investigación de la comunicación: los sistemas semióticos y comunicativos de producción, reproducción y actualización de sentido", Tesis doctoral, rei.iteso.mx/bitstream/handle/11117/1275/VIDALES%20Carlos%202013.pdf?sequence=2. ITESO, Guadalajara, México.
- _____ (2013b). "El relativismo teórico en la investigación de la comunicación", en Andrea Aguilar, Vicente Castellanos y Gabriel Pérez (Eds.), *La producción del conocimiento en las ciencias de la comunicación y su incidencia social*, Anuario AMIC 2013, México: AMIC/Universidad Autónoma de Coahuila.
- Villegas, M. (1993). "Las disciplinas del discurso: hermenéutica, semiótica y análisis textual", en *Revista Anuario de Psicología*, 59, 19-60. España: Universidad de Barcelona.
- Welsh, W. (1998). "Rationality and reason today", en Dane R. Gordon and Józef Niznik (Eds.), *Criticism and defense of rationality in contemporary philosophy*, Amsterdam: Rodopi, 17-31.